

HACIA LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LA IZQUIERDA NACIONAL

Néstor Kirchner apuesta a ganar las próximas presidenciales en la primera vuelta. Calcula que puede alcanzar un 40% de los votos y que la oposición no llegará a unirse en una fuerza que supere el 30%. Sabe muy bien que en una segunda vuelta no tiene posibilidad alguna. A tales fines, el gobierno ha puesto en marcha una política de reactivación vía aumento del gasto público, tratando de compensar, a través de programas sociales, el impacto del ajuste regresivo que descarga, sobre las capas más pobres, la inflación originada en la estructura monopólica que encorseta a la economía argentina, mientras renuncia a imponer, como en el pasado, un tope a la negociación salarial. En la Casa Rosada confían en el curso de recuperación de los precios internacionales de los productos primarios, en especial la soja, y en la excepcional cosecha de la presente campaña.

En marzo pasado, Néstor Kirchner afirmó en Chaco, al reasumir la jefatura del Partido Justicialista, que el oficialismo está dispuesto a gobernar hasta el año 2020. Posiblemente el ex presidente crea que ese es el tiempo que se necesita para consolidar el actual modelo; pero ¿qué es este modelo?



El statu quo semicolonial

El kirchnerismo, gobernante en los últimos siete años, no ha alterado los fundamentos del *statu quo* semicolonial, consolidados luego de tres décadas largas de retroceso nacional, marcados por la contrarrevolución del '76, el democratismo continuista del alfonsinismo, la revolución conservadora del menemismo y la alianza de radicales y progresistas. En estos últimos siete años, el proceso de concentración y extranjerización del capital no ha dejado de aumentar, al igual que la concentración de la propiedad agraria; los recursos estratégicos decisivos como el petróleo y la minería, lo mismo que ramas claves de la economía, siguen en manos del capital imperialista; la estructura impositiva mantiene un marcado sesgo regresivo que pesa fuertemente sobre la distribución del ingreso; el Estado sigue pagando una deuda externa, ilegítima y fraudulenta, negando todo intento de investigar su legalidad...

Si una enseñanza arrojan los acontecimientos de diciembre de 2001 y la restauración conservadora del período siguiente, es que una fuerza emergente, encaminada a abordar las tareas nacionales, democráticas y antiimperialistas, se construye por fuera del sistema político que constituyen las grandes maquinarias electorales del oficialismo y la oposición.

Profunda crisis de representatividad

El kirchnerismo es producto de la crisis político-institucional en que derivó el colapso del programa neoliberal en diciembre de 2001, capítulo local de un alza de masas que introdujo apreciables modificaciones en el balance de poder en América del Sur. Esto quiere decir que sobre el desenvolvimiento de su política gravita una determinada correlación de fuerzas. Esa correlación es producto de un desenlace hasta cierto punto previsible de los acontecimientos.



El movimiento insurgente que se llevó puesto al gobierno de Cavallo-De la Rúa dejó las cosas a medio hacer. Lejos de la existencia de un complot, explicación que suscribieron los conservadores de todo pelaje, fue una masiva movilización de trabajadores, pequeños empresarios arruinados, ahorristas estafados, desocupados... lo que dejó al desnudo la profunda crisis de representatividad que envolvía al conjunto del orden institucional, crisis reflejada en la consigna "Que se vayan todos". Una parte de la sociedad argentina estaba harta de quienes se repartían invariablemente el poder.

Sin embargo, el componente espontáneo que dio fuerza arrolladora a las masas en las calles encerraba al mismo tiempo los límites del levantamiento. Aquellos que ya no estaban dispuestos a seguir soportando el peso aplastante de la usura financiera, la explotación de los monopolios, la venalidad

gubernamental y la corrupción de los políticos profesionales carecían de una dirección, una organización y un programa que elevase el movimiento de rechazo a la condición de voluntad colectiva. Se creó de esta forma un vacío político que no podía permanecer como tal: si la cuestión del poder no la resolvían los de abajo que se habían revelado, habrían de resolverla necesariamente los de arriba, que a pesar de todo mantenían sus posiciones.

El reflujo sucedió a la insurgencia, y la restauración del antiguo orden cerró por un período la crisis; sin embargo, las cosas no



fueron igual que antes. El programa de los noventa estaba definitivamente agotado; los negocios del capital imperialista radicado en las finanzas y las empresas de servicios públicos privatizadas fueron desplazados en el círculo dominante por los intereses de la gran burguesía exportadora, con eje en la agroindustria y en las corporaciones fabricantes de insumos básicos. Por lo demás, el movimiento popular, incapaz aún de resolver problemas estratégicos, logró, eso sí, afirmar líneas de resistencia a la espera de una nueva oportunidad.

Lo que el kirchnerismo decidió ignorar

Se crearon de este modo las condiciones para una suerte de curso neodesarrollista, cuya expresión inicial fue el programa de Lavagna en el gobierno de Duhalde, y luego los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández. Cuando se dice que estos gobiernos son producto de la nueva relación de fuerzas,

se está diciendo, entiéndase bien, que hay un punto más allá del cual no pueden retroceder, a riesgo de poner en crisis su propia estabilidad.

Otra historia son las posibilidades que hacia adelante había abierto la crisis y que el kirchnerismo decidió ignorar. Algunos de sus militantes, los que quieren la profundización del programa, advierten que es el presente balance del poder lo que le impide al gobierno avanzar. Algo similar decían en los ochenta los jóvenes de la Coordinadora acerca del gobierno de Alfonsín.

Pasan por alto el hecho de que en mayo de 2003 las repercusiones de diciembre de 2001 no estaban clausuradas, al punto en que Duhalde, para sostenerse en el gobierno, tuvo que convocar a elecciones anticipadas. En esas elecciones, Kirchner apenas sacó el 22% de los votos, dos puntos menos que Menem. ¿Ese magro desempeño se debió a que el programa era demasiado avanzado o, simplemente, a que no estaba a la altura de la nueva situación que había creado la insurgencia popular al poner fin al ciclo neoliberal? Lo cierto es que, desde un primer momento, el kirchnerismo decidió consolidarse en la relación de fuerzas existente, sin afectar ninguno de los intereses estratégicos que definen la condición semicolonial del país.

Construir por fuera de la "maquinaria" política

Si una enseñanza arrojan los acontecimientos de diciembre de 2001 y la restauración conservadora del período siguiente, es que una fuerza emergente, encaminada a abordar las tareas nacionales, democráticas y antiimperialistas, se construye por fuera del sistema político que constituyen las grandes maquinarias electorales del oficialismo y la oposición. Se construye con los métodos de los trabajadores y el socialismo en el curso de un proceso dirigido a producir un realineamiento de masas en torno a un Frente Nacional de todas las clases y grupos sociales opuestos al imperialismo y a sus socios del gran capital nativo; proceso que tiene por capítulo central la organización de un partido revolucionario de los trabajadores y todos los explotados. Esa es la tarea fundamental de *Socialismo Latinoamericano* —la Izquierda Nacional— en el presente período histórico. En la próxima crisis del orden establecido, las masas no sólo rechazarán lo que ya no están dispuestas a soportar, sino que tendrán un programa, una organización y una dirección dispuesta a luchar por el poder para enterrar definitivamente el largo ciclo de sufrimiento, explotación y sometimiento que significaron más de tres décadas de contrarrevolución. ■

PRENSA OBRERA, EL ANTIPERONISMO Y EL CORDOBAZO

La izquierda nacional es expresión revolucionaria en el movimiento obrero y popular

Por OSVALDO CALELLO

En un número reciente, *Prensa Obrera* dedica dos notas a someter a “riguroso” examen crítico las posiciones de la izquierda nacional en los setenta y, por añadidura, el texto desacredita la actualidad que esas posiciones conservan luego de más de 30 años. La noticia es la siguiente: tiempo atrás, nuestro compañero Gustavo Cangiano envió a uno de los foros de discusión por internet una nota con observaciones críticas sobre un comentario de Eduardo Salas al libro *El peronismo armado*, de Alejandro Guerrero, ambos militantes del Partido Obrero. Los redactores de *Prensa Obrera* tomaron nota del envío, lo autoenviaron y lo publicaron como una carta de lectores en el número del pasado 6 de mayo. A continuación, en el número siguiente, publicaron la respuesta del autor del libro y de su comentarista. El título de una de las notas —Acerca del Peronismo Armado: el debate con los muertos— es por demás sugestivo. ¿Qué mueve a una organización que se reviste de semejante soberbia a polemizar con una corriente que, según su parecer, es un cadáver insepulto?

Reconfiguración del frente de clases del 45

Los detractores de la izquierda nacional enfocan su artillería en una de las afirmaciones de Cangiano en el sentido de que el retorno de Perón en 1972 no podía ser considerado como una perspectiva opuesta, sino complementaria a la consigna de “Gobierno obrero y popular”. La explicación de Cangiano es que la crisis de fines de los sesenta, que tuvo su expresión política más alta en los acontecimientos insurreccionales de mayo de 1969 en Córdoba, había creado condiciones favorables para la reconfiguración del frente de clases del 45 en un sentido superador del programa y los métodos inherentes a un proyecto de capitalismo autocrático. La condición fundamental para esa transición era la existencia de una organización política independiente cuyo norte fuera el socialismo.

Para los militantes del Partido Obrero, en cambio, esos dos objetivos (el retorno y el gobierno obrero y popular) eran contradictorios. Según su interpretación, Perón “fue traído en 1972 por quienes lo habían derrocado en 1955 precisamente para que contuviera, desviara y finalmente derrotara la perspectiva del gobierno obrero” [Guerrero]. Afirmar que su regreso y reinstalación en el gobierno “significaba ‘restituir la soberanía popular’ era una fantasía suicida que sólo vivía en las ilusiones de Montoneros, de Jorge Abelardo Ramos, y ahora, tardía y patéticamente, en las del profesor Cangiano” [Guerrero].

Para el PO, Perón no era el jefe popular, a quien la oligarquía había proscrito durante dieciocho años en los que gobernaron dictaduras militares y administraciones civiles subordinadas a los dictados del círculo dominante de la oligarquía terrateniente, la gran burguesía y el capital extranjero. Perón era, en cambio, el creador de la Triple A, el responsable de la masacre de Ezeiza, del Pacto Social entre la burocracia de la CGT y la burguesía de la UIA-CGE, el cómplice político de los golpes de Estado en Chile y Uruguay. La interpretación de la pequeña burguesía izquierdista es inalterable en el tiempo.

El Cordobazo y la soberanía popular

La izquierda nacional, a través de sus expresiones políticas (el Partido Socialista de la Izquierda Nacional en los sesenta y luego el Frente de Izquierda Popular en los setenta), sostuvo que la eliminación de la proscripción política que pesaba sobre el general Perón constituía una demanda democrática elemental que desnudaba la naturaleza oligárquica del régimen instaurado tras la contrarrevolución de septiembre de 1955. El curso de profundización semicolonial iniciado en aquel entonces no admitía en modo alguno el programa nacional burgués del peronismo, una sólida organización sindical de masas, ni un proceso de acumulación con eje en el mercado interno. Esa situación pudo mantenerse durante casi dos décadas.

Por fin el Cordobazo y los levantamientos provinciales quebraron el balance del poder favorable a la oligarquía terrateniente y a sus aliados, e hicieron del reestablecimiento de la soberanía popular una perspectiva inevitable. El régimen no impidió el regreso de Perón simplemente porque no estaba en condiciones de hacerlo. Sólo a partir de una burda interpretación conspirativa de la historia, y de una subestimación llamativa de la inteligencia política de los trabajadores, es posible afirmar que Perón fue traído al país para frenar la insurgencia popular.

El peronismo retornó al gobierno con un programa que estaba por debajo de las posibilidades que había abierto la movilización de masas de mayo del 69. Sin embargo, la oposición a ese programa no era una fuerza revolucionaria arraigada en las capas más profundas de la sociedad, sino el partido radical, la alianza de comunistas, intransigentes y demócratas cristianos y la derecha liberal, vale decir las distintas variantes de la partidocracia regimínosa.

La advertencia que formula Cangiano es clave para comprender la situación. La potencialidad que encerraba la crisis creada por el Cordobazo podía encontrar curso de desenvolvimiento a condición de que una organización independiente, socialista y revolucionaria imprimiera un giro radical a los acontecimientos. Semejante tarea no podía llevarla a cabo Montoneros, subordinado a la jefatura bonapartista de Perón. La izquierda nacional, a través del PSIN y del FIP, inserta en el campo popular-nacional, avanzó en esa dirección, pero sin alcanzar a acumular las fuerzas militantes necesarias para torcer el rumbo de la lucha política.

La historia dice otra cosa

En este punto, la interpretación de los hechos que rodearon a la lucha de masas del 69 reviste una importancia especial. Guerrero sostiene que el Cordobazo no fue un levantamiento peronista, ni se proponía traer de regreso a Perón. Por el contrario, se habría tratado de “un movimiento insurreccional, social y políticamente de izquierda, con direcciones de izquierda”. Para desgracia de nuestros críticos, la historia dice otra cosa.

El componente principal de la insurgencia de masas fue la espontaneidad. La movilización no tuvo una dirección de izquierda, sin considerar que una parte de esa izquierda



boicoteó la huelga general que desencadenó los acontecimientos “porque la convocaba la burocracia”. Sencillamente, el Cordobazo no tuvo dirección, por más que militantes de izquierda junto a los obreros peronistas ocuparan posiciones en las barricadas. Pero, sobre la relación que las masas obreras mantenían con el jefe del peronismo, resulta sugestiva una suerte de confesión involuntaria de Guerrero. En uno de los párrafos de su escrito crítico sostiene que “Montoneros, al contribuir decisivamente a que los obreros del Cordobazo volvieran a gritar ‘la vida por Perón’, cumplieron, claro que sí, de manera objetiva, un papel profundamente contrarrevolucionario y abrieron el camino a su propia derrota, a su propia tragedia”. Está claro, los obreros del Cordobazo eran y siguieron siendo, en su mayor parte, peronistas, y no precisamente porque hubieran sido reperonizados por la pequeña burguesía montonera.

El PSIN levantó la consigna “Gobierno obrero y popular”

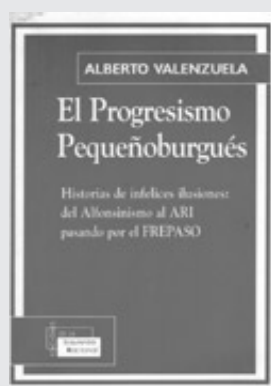
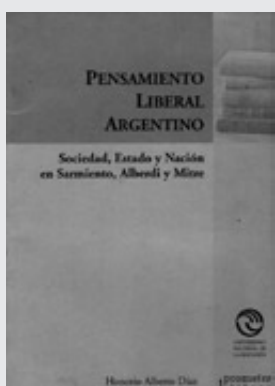
La nota de Cangiano provocó una irritación particular de los militantes del PO, como lo demuestra el tono de las respuestas, al punto que no se privan de tergiversar posiciones de la izquierda nacional que son suficientemente conocidas.

Por ejemplo, Salas sostiene, muy suelto de cuerpo, que “la aseveración de Cangiano de que esa posibilidad (se refiere a la radicalización política de la crisis desencadenada por el Cordobazo) sólo podía ser concretada por el peronismo no se comprobó en la realidad, sino todo lo contrario”. Se necesita gran “capacidad de inventiva” para confundir de esta forma las cosas.

En mayo de 1969, en las calles de la Córdoba insurrecta, los militantes del PSIN levantaron la consigna “Gobierno obrero y popular”. Toda la propaganda partidaria de la época es un llamado a la construcción de una organización revolucionaria, independiente del peronismo, herramienta indispensable para desarrollar en profundidad las tareas nacionales, democráticas y antiimperialistas, y abrir la perspectiva del socialismo, posibilidad que estaba más allá de los límites políticos, ideológicos y de clase del peronismo. Pero, al parecer, a los militantes del PO les resulta más cómodo reacomodar la historia según la medida de sus posiciones. ■

NUESTROS LIBROS

Para mayor información, escribinos a: contacto@izquierdanacional.org o visitá nuestra web: www.izquierdanacional.org



“Empezar de nuevo”, el mejor homenaje a Jauretche

El 25 de mayo se cumplió un nuevo aniversario de la muerte de Arturo Jauretche. La conmemoración no ha merecido la atención de los “grandes” medios de comunicación. Alguna nota extraviada lo recordó y algo más de atención le dieron quienes lo reconocen como uno de los grandes pensadores del campo nacional y popular.

Lejos de recordarlo, en *Socialismo Latinoamericano* propugnamos tomar su ejemplo y pasar por el tamiz de sus ideas al presente para homenajearlo con acciones, no únicamente con reiterar sus lúcidos conceptos como una letanía. Reproducimos a continuación algunos párrafos del libro *El pensamiento vivo de Arturo Jauretche*, del compañero Gustavo Cangiano.

“...La historia no es sino el resultado de las acciones emprendidas por sujetos individuales y colectivos que no se resignan a desempeñar el papel de observadores pasivos. Al poco tiempo de haber sido derrocado, el viejo caudillo Hipólito Yrigoyen reunió a algunos de sus partidarios más jóvenes y les ofreció su último consejo: ‘Hay que empezar de nuevo.’ ¿Qué significaba, exactamente, ‘empezar de nuevo’? En la Década Infame todas las piezas parecían estar dispuestas para prolongar en forma indefinida la sujeción del país a los intereses imperialistas y la postulación de las mayorías populares ante las minorías privilegiadas. La actividad política se reducía a un juego en el que oficialistas y opositores se mimetizaban progresivamente rindiendo tributo a los “poderes fácticos” y repitiendo con docilidad los lugares comunes de un discurso despojado de toda relación con las necesidades del país profundo. Los intelectuales viajaban física y espiritualmente a Europa, el capital extranjero compraba lealtades con coimas suculentas y el poverrío subsistía en silencio y con la cabeza gacha. En esas condiciones, ‘empezar de nuevo’ significaba afirmar la voluntad de marchar a contracorriente negándose a jugar el juego que todos jugaban; significaba rechazar el presente para preparar la conquista del futuro. Hubo quienes siguieron el consejo de Yrigoyen y continuaron luchando cuando otros claudicaban. Uno de esos hombres, quizá el mejor de todos ellos, fue Arturo Jauretche.

[...]

“Gracias a Jauretche y a quienes batallaron a su lado en aquellos años tan difíciles como los nuestros, tenemos de dónde aferrarnos en el instante en que también nosotros debemos ‘empezar de nuevo’. Por eso hay que volver a Jauretche. Hay que rescatar su pensamiento del rincón en que se lo ha recluso, volcar sus filosas herramientas intelectuales sobre la mesa de trabajo y pertrecharse con ellas para reiniciar la batalla contra la colonización pedagógica y los macaneadores de *la intelligentzia*. La tarea no será fácil. Tal como observó Arturo Peña Lillo, ‘Jauretche tenía tantos enemigos como sofismas había derribado’. Esos enemigos siguen vivos y disponen de múltiples recursos para impedir que vuelvan a ser desenmascaradas las ‘zonceras’ con las que envenenan el espíritu de los argentinos.



“Uno de esos recursos es el manto de silencio con que se cubre a los pensadores nacional-populares. La gran prensa, la universidad, las sociedades de escritores y todos los espacios por los que circula el pensamiento estuvieron vedados a Jauretche y lo estarán a quienes sigan su camino. Es cierto que en los años sesenta el silencio fue quebrado y Jauretche hasta se convirtió en *best seller*. Pero no fue ese un punto de partida sino un punto de llegada, y tampoco allí Jauretche estuvo a salvo de sus enemigos. Cuando ya no pudieron condenarlo al silencio porque el pensamiento jauretcheano brotaba casi espontáneamente en un terreno social que él había pacientemente sembrado, los enemigos dividieron sus fuerzas: mientras unos lo hostigaban de frente, otros

distorsionaron sus enseñanzas y quisieron apoderarse de ellas empleándolas con otros propósitos. Pero tal vez el primer obstáculo que deberá sortear quien desee ‘empezar de nuevo’ volviendo a Jauretche no sea el que presentan los enemigos, sino el de los propios amigos. Convertir a Jauretche en un pretexto para reunir una vez al año a nostálgicos sobrevivientes de luchas pasadas, que hoy lloran su impotencia homenajear a muertos célebres, constituye también una forma de estar contra Jauretche.

“Volver a Jauretche debe significar mucho más que un periódico recordatorio de viejos momentos de gloria. Volver a Jauretche significa sacarlo del mausoleo y llevarlo a la trinchera. Es donde transcurre la vida donde debe estar Jauretche, porque su pensamiento está tan vivo como la realidad de un país que aún no es dueño de sí mismo y que debe luchar por pertenecerse”

Anatomía conceptual y metodológica del pensamiento jauretcheano

El libro de Gustavo Cangiano no pretende abordar en forma pormenorizada ni la obra escrita ni la trayectoria política de Jauretche. Su intención es diseccionar la anatomía conceptual y metodológica del pensamiento jauretcheano y, a partir de allí, recomponer el cuerpo de su obra mostrando que ella resulta imprescindible para comprender la realidad actual. El trabajo ha sido dividido en cuatro partes.

En la primera se reconstruye el mapa ideológico-político de los años que van desde la caída de Perón en 1955 hasta su regreso al gobierno en 1973. La hipótesis de trabajo es que durante esa “década larga” se desarrollaron dos procesos simultáneos, pero de diferente signo: el que dio lugar a la aparición de una “nueva izquierda”, como resultado de la crisis del bloque social restaurado por el golpe militar, y el que permitió al pensamiento nacional-popular alcanzar su máxima madurez como expresión del Frente Nacional derrocado.

La segunda parte aborda la metapolítica jauretcheana, es decir, las cuestiones relativas a la teoría del conocimiento y a la meto-



dología sobre las que Jauretche efectuó aportes tan originales como rigurosos desde el punto de vista científico.

La tercera parte considera los aspectos político-ideológicos de la obra jauretcheana: su diferenciación respecto de la izquierda y la derecha convencionales y su relación con los movimientos populares encabezados por Yrigoyen y Perón.

Por último, en la cuarta parte, el objeto de atención se desplaza desde el pensamiento de Jauretche hacia la Argentina contemporánea. De este modo, aunque esta parte final pareciera a primera vista escapar a los límites fijados por un trabajo que versa sobre Jauretche, resulta en realidad decisiva.

Es, tal vez, la que más se ajusta al “espíritu” jauretcheano, en la medida en que su sustancia repudia la hagiografía y se desarrolla como una punzante herramienta crítica de la colonización en sus múltiples dimensiones.

Para mayor información: www.izquierdanacional.org y contacto@izquierdanacional.org

La república indomestiza

Por ANDRÉS SOLIZRADA

La Revolución de Buenos Aires, del 25 de mayo de 1810, provoca desasosiego en la historiografía boliviana. Los defensores de la casta encomendera que fundó Bolivia en 1825 condenan la presencia de los denominados ejércitos auxiliares de las Provincias Unidas del Río de la Plata, a los que acusan de prepotencia porteña, espíritu sanguinario y robo de caudales de la Casa de la Moneda de Potosí. La primera acusación es subjetiva y prejuiciosa. La segunda olvida que se vivía una guerra entre colonizados y colonizadores, fruto de la cual fueron ahorcados pocos meses antes los promártires paceños, sin olvidar que los jacobinos bonaerenses se identificaban con las Cortes de Cádiz, enfrentadas también al absolutismo de Fernando VII. La tercera es ridícula, ya que ningún contingente armado del mundo deja recursos económicos para uso de tropas enemigas.

El indianismo desconoce la alianza entre el comandante del Primer Ejército Libertario, Juan José Castelli, y el caudillo aymara Juan Manuel Cáceres, conocido como *el Oráculo de los Indios*, *General Restaurador de los Indios del Perú* y autor del Plan de Reivindicaciones de Mitayos y Labriegos, luego de haber sido el escribano de la Junta Tuitiva de 1809 (véase texto de ASR, en *El Diplo*, 5 de 2010).

Castelli fue figura central en la gesta de mayo de 1810. Llegó al Alto Perú enviado por Mariano Moreno, autor del genial Plan de Operaciones, en el que postuló la eliminación de la mita, la unión sudamericana y el proteccionismo económico. El edificio colonial se levantó sobre los cadáveres de los mitayos, dice Gunnar Mendoza. La unión sudamericana y el proteccionismo económico debían evitar la fragmentación de las colonias hispanas y su avasallamiento por el imperio británico. Para alcanzar estos objetivos, el Plan propuso confiscar los recursos de 6.000 mineros, con los que debía culminar la gesta de la independencia y cimentar la industrialización endógena.

Al ingresar al Alto Perú, Castelli dispuso la abolición de la mita y la devolución de tierras a los indígenas, lo que le valió el fanático respaldo de quechuas y aymaras. En Charcas, liberó a Cáceres, quien había sido capturado por los realistas. El caudillo aymara fue la contraparte de la histórica alianza entre indígenas, los impulsores del Plan y los heroicos guerrilleros mestizos, como los esposos Padilla, Warnes, Camargo y Esteban Arce. En Tiahuanacu, Castelli anunció que los aymaras designarían cuatro representantes al Congreso de las

Provincias Unidas, en una línea antagónica a la Constituyente de 1825, en la que no participó ningún indígena y sólo un mestizo, José Miguel Lanza.

El historiador Danilo Arze destaca la coordinación militar entre Cáceres y Esteban Arce después del repliegue de los ejércitos de Buenos Aires. Ambos jefes militares estaban colocando los cimientos de la república indomestiza, destruidos por encomenderos y latifundistas que prefirieron financiar las tropas del rey retrógrado. La derrota militar de Castelli en Guaqui el 20 de junio de 1811, sumada a los intereses probritánicos de los comerciantes porteños, viabilizó el nacimiento de la Bolivia excluyente.

La situación se repitió con el arribo de Monteagudo y Belgrano, los nuevos comandantes enviados por Buenos Aires. Belgrano pidió a los quechuas de Macha que ocuparan las tierras de la provincia Chayanta, lo que incrementó el odio de los racistas (Fellman). La necesidad de impulsar la república indomestiza sigue pendiente, la que debe emerger, en el marco de la Patria Grande, como proyecto nacional viable frente a la separatista Nación Camba y los impulsores de 36 inexistentes naciones indígenas, apadrinadas por ONG y el poder mundial

Condena y vergüenza para el sionismo y su Estado terrorista

Israel acaba de sumar un nuevo crimen a su largo historial de Estado terrorista. La conducta de la entidad sionista no es novedad. Esta vez el ataque fue contra una flota humanitaria que trató de quebrar el criminal bloqueo a la Franja de Gaza. La burguesía sionista ha convertido a los habitantes de la Franja en virtuales prisioneros, sometidos a una situación inhumana caracterizada por todo tipo de privaciones, producto de una política de limpieza étnica mediante la cual se ha propuesto dar solución final a la cuestión palestina.

El gobierno israelí, con un cinismo típico, acusó a los integrantes del buque asaltado de haber obligado a sus comandos a defenderse. La desvergüenza de los dirigentes sionistas no conoce límite alguno; están seguros de que una impunidad absoluta cubrirá todas sus fechorías. Como si las cosas fueran así, esa oligarquía llamada Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas dio razón a esta certeza evitando todo pronunciamiento que pudiera ser tomado como una condena. Eso sí, sus integrantes, revistiéndose de la hipocresía habitual, lamentaron “profundamente” la pérdida de vidas.

La pandilla de Tel Aviv cuenta con la complicidad plena del imperialismo estadounidense y de sus aliados europeos. Se ha ganado también, con toda justicia, la condena y el desprecio de los pueblos que mantienen su dignidad.

Sin el apoyo de Washington, el Estado de Israel no podría sostenerse. Es una construcción artificial, impuesta en sus orígenes por el capitalismo occidental, para bloquear la unidad de la nación árabe. Mientras la burguesía sionista mantenga el poder y ese Estado subsista, no habrá posibilidad alguna de que la paz reine en Medio Oriente.

La solución histórica en la región sigue siendo, a pesar de todos los obstáculos, una Palestina unificada y democrática, en la que árabes y judíos construyan un futuro común liberado de las lacras de opresión y explotación que signan el presente. Los judíos honestos, que son mayoría, tienen un interés particular en una salida que los libere de la cruz que significan los crímenes del sionismo y su terrorismo ideológico.

Socialismo Latinoamericano
Junio 2010



Cinismo, hipocresía y dignidad

EU y sus aliados y cómplices ejecutan con cinismo e hipocresía la política del sionismo: sanciones diplomáticas, comerciales y políticas, y amenazas de agresión militar a Irán por el desarrollo de su programa nuclear soberano,

legal y legítimo; al mismo tiempo, silencio cómplice y apoyo abierto al terrorismo y exterminio que Israel practica sobre los palestinos y quien se ponga en su camino, violando todas las leyes internacionales que sea necesario para sus fines.

Dignamente, el presidente iraní, Mahmud Ahmadinejad, reiteró: “Estados Unidos y sus aliados se equivocan si piensan que pueden blandir el palo de una resolución (de la ONU) y después sentarse a hablar con nosotros. Eso no va a ocurrir”

México: narcotráfico, política y economía



Portada de una revista de humor político. Sobre la silla presidencial, el jefe del ejército, la líder “perpetua” del sindicato de maestros, un cerdo representando al empresariado, el ex presidente Carlos Salinas de Gortari y el dueño de Televisa. Abajo, el presidente Calderón preguntando por un “influyente” ex senador, ausente de la silla presidencial por haber sido raptado recientemente.

Por FACUNDO ARRIETA

La situación política en México se caracteriza por una firme y constante descomposición de las instituciones. No más de 30 grandes empresarios han hecho del país su botín. La mayoría de los medios de comunicación, con las dos principales cadenas televisivas al frente, y los poderes públicos (judicial, legislativo y ejecutivo) son los principales instrumentos de control de quienes ostentan el poder real. Su impunidad no tiene límites.

Cerca de 110 millones de mexicanos ven caer su calidad de vida de forma constante desde hace más de 25 años. Más del 50% de ellos se encuentran por debajo del nivel de pobreza, y el 15% de éstos, en pobreza extrema, al tiempo que un mexicano es el hombre más rico del planeta.

Las franquicias

Son tres las principales fuerzas políticas: el PRI (Partido Revolucionario Institucional, que gobernó durante setenta años, hasta el 2000); el PAN (Partido Acción Nacional), que ocupa la presidencia de México desde el 2000, y el PRD (Partido de la Revolución Democrática), una bolsa de gatos, donde conviven ex guerrilleros y “ultras” mutados como “demócratas”, que pregonan la necesidad de consolidar el “sistema democrático”, con ex priístas y con los seguidores del ex candidato presidencial en 2006 y hoy “presidente legítimo”, Andrés Manuel López Obrador, que está en las antípodas de la actual dirección del partido.

Partidos menores completan el escenario partidocrático: el Verde Ecologista, una

franquicia familiar que se alía en cada elección con cualquiera, con tal de sumar votos para “su causa (negocio)”; del mismo signo es Nueva Alianza, franquicia de Elba Esther Gordillo, la “líder” del sindicato de maestros, el mayor de América Latina con más de un millón de afiliados (artífice del fraude electoral que impuso al actual presidente, Felipe Calderón). También están el PT (Partido del Trabajo), que junto a Convergencia (escisión reciente del PRI) conformó alianza con el PRD.

La relación de fuerzas

La identidad de cada franquicia definida en el convencional arco de izquierda a derecha es confusa. En el PRI, en el PAN y en el PRD y sus aliados menores, existen personajes que podrían incluirse en algún lugar de aquel arco.

Lo dicho: el poder real está en manos de unos 30 empresarios a cuyo servicio está el grueso de la partidocracia. Otros actores ocupan un espacio real, difícil de cuantificar y están literalmente borrados de los medios de comunicación.

¿Quiénes son? Miles de ONG de diverso signo ideológico e intereses; organizaciones sociales e indígenas, entre las cuales destaca el zapatismo; algunos sindicatos combativos, como el de los electricistas —que el gobierno federal pretende borrar de un plumazo mediante la desaparición de la empresa estatal en la que trabajaban, asunto hoy en la Suprema Corte de Justicia— y el llamado “Movimiento de López Obrador” y su gobierno legítimo.

¿Cuál es la relación de fuerzas actual? En materia electoral, luego de haber perdido las elecciones presidenciales en el año 2000, el PRI ha venido recuperando espacios, paulatina pero constantemente. El PAN, por el contrario, a pesar de contar con el aparato y los recursos del Estado nacional, viene en estrepitosa caída; tan es así, que a últimas fechas se han dado engendros de alianzas entre el PAN y el PRD —y en algunos casos se sumaron el PT y Convergencia—, con el argumento de que hay que impedir el fortalecimiento del PRI, ya que, de ganar las inmediatas elecciones estatales y municipales, nadie lo detendría en el 2012 para reconquistar la presidencia. La preocupación tiene sustento.

En las plazas

Esto ha puesto en gran brete a López Obrador, que, siendo afiliado al PRD, y sin duda hoy por hoy el líder —discutido pero mayoritario— de los sectores de izquierda, se ha opuesto a dichas alianzas y, en algunos casos, apoya a candidatos que no son los de su partido.

Sin la complicidad de autoridades de todos los niveles, de empresarios y banqueros que administran los cientos de miles de millones de dólares que genera, el narcotráfico no funcionaría.

López Obrador ha recorrido ya casi dos veces todo el país, municipio por municipio, haciendo asambleas en las plazas públicas con el fin de convocar a fortalecer su movimiento para construir una “opción desde abajo” que enfrente y derrote en las presidenciales de 2012 a “la mafia política” que identifica en los 30 empresarios, el PRI, el PAN y demás “políticos corruptos”. Convencido de que le robaron la presidencia en 2006 por la falta de cuadros que cuidaran las urnas, un eje de su campaña permanente desde entonces es consolidar una organización nacional “movimientista”, que involucra a su partido y otros aliados pero está por encima de ellos, para que no se la vuelvan a robar en 2012. Hoy por hoy, a la luz de los últimos procesos electorales, el liderazgo de López Obrador no se refleja sustantivamente en votos, aunque afirma tener más de un millón de afiliados a su movimiento.

Por su parte, el movimiento zapatista parece inmerso en una especie de introspección. Lo cierto es que ha desaparecido de la realidad virtual y muy poca es la repercusión que tiene, aunque sigue dando señales de vida en su ámbito geográfico de la selva chiapaneca, siempre acosado por militares y paramilitares.

Panorama actual

Vicente Fox, por el PAN, ganó las elecciones presidenciales del 2000 con la consigna del “presidente del cambio” que venía a poner fin a setenta años de PRI. En realidad, fue su continuidad, la del PRI neoliberal que inauguró De la Madrid en 1982 y consolidó Salinas de Gortari.

Fox superó todos los “pecados” que le atribuían al PRI, la mayoría ciertos, pero sin el “oficio” de aquél. Durante su gobierno dilapidó 250 mil millones de dólares de los excedentes petroleros en gasto corriente, aumentó la alta burocracia y los beneficios de ésta, y destinó centavos a la inversión productiva. Fue una fiesta para empresarios que habían tomado por asalto al Estado con

Salinas de Gortari y se consolidaron como el poder real.

El desmantelamiento del Estado se acentuó y, gracias a las remesas de mexicanos expulsados por la crisis a EU, los excedentes petroleros y el lavado de dinero del narcotráfico (en total un promedio anual de 115 mil millones de dólares), las cifras estadísticas de la macroeconomía mostraron un “crecimiento” del PBI del ¡1.5% anual! Por mucho, el peor de América Latina.

Una guerra perdida antes de comenzarla

Su sucesor, Calderón, no hizo más que acelerar la tendencia. Sólo un dato: en medio de declaraciones de ahorro, los destinados al gasto corriente, principalmente a la alta burocracia, crecieron más del 1000%. Desacreditado por la forma en que accedió a la presidencia —nadie duda del fraude, aunque muchos lo nieguen públicamente por considerarlo un “mal menor” ante el “peligro de López Obrador”—, buscó en la “guerra contra el narcotráfico” su espaldarazo.

La “guerra” estaba perdida antes de comenzarla, pero es una buena excusa para tener al ejército en las calles. Repite la trágica experiencia de Colombia y ha logrado cargar con miles de muertos inocentes y el descrédito de las FFAA —ganado a pulso por éstas—, que sí gozaban del respeto de la ciudadanía.

El narcotráfico está hoy en el centro de la escena política y económica de México. Quince millones de jóvenes entre 15 y 29 años sin oportunidad de estudiar o trabajar son su mano de obra potencial. Por su aporte anual de cerca de 30 mil millones de dólares, el narcotráfico se ha insertado en la economía real a través de múltiples negocios. Esta participación en la economía tiene fuertes implicaciones sociales, ya que realiza funciones que normalmente están a cargo del Estado como gestor económico. Es muy sabido que existen cientos de comunidades rurales donde los grupos de narcotraficantes son la ley, garantizan a sus habitantes seguridad, salud y educación a cambio de que siembren lo que ellos indican. El narcotráfico involucra a millones de personas en todos los niveles socioeconómicos. No puede funcionar sin la complicidad de autoridades de todos los niveles, que se hacen de la vista gorda, y de empresarios y banqueros que administran cientos de miles de millones de dólares.

La situación es crítica y tiende a empeorar, mientras los responsables de dirigir a la nación parecen no estar enterados